



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

+ 34 958 02 79 45

biblioteca.pag@juntadeandalucia.es

R. 926



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

LA
VIDA ARABE,

POR FELIX MORNAND.

TRADUCCION

DE D. JUAN RUIZ DEL CERRO.

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA
Est. A-1
Tabl. 1
N.º 38

Donativo del Sr. Conde de
Romanones á la Biblioteca
de la Alhambra. 1909

MADRID: 1860.

Imprenta de José de Rojas, Fuencarral, 23, bajo.



LA
VIDA ARABE,

POR FELIX MORNAND.

TRADUCCION DE

D. JUAN RUIZ DEL CERRO.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCIA

MADRID: 1860.

IMPRESA DE JOSE DE ROJAS,
Fuencarral, 23, bajo.

LA VIDA ARABE.

I.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
LA HOSPITALIDAD BAJO LA TIENDA.
CONSEJERIA DE CULTURA

■ Cuando se viaja por el interior de la Argelia, lo que más principalmente llama la atención es la ausencia del hombre.

El desierto está en todas partes, y más particularmente en el país laborable, designado con el nombre de *Tell*, y reputado como el más poblado que se encuentra en las regiones del Sahara, es decir, en el *Desierto* propiamente dicho. Muchas veces trascurre un día entero de cabalgata lenta, pero no interrumpida, al través de los lentiscos, los asfodelos y los cardos de altas cañas, sin que la vista del europeo, acostumbrado a encontrar por todas partes en el viejo mundo escenas vivientes en su camino, pueda fijarse sobre una huella humana. El placer tan ardiente de la locomoción recibe una herida mortal: aun en medio de este país bárbaro y enemigo, el hombre tiene necesidad de su semejante.

Sin embargo, algunas veces y á grandes distancias, merced á la extraordinaria transparencia de la atmósfera, se divisa el suelo salpicado de varios puntos negros que se podrian tomar por montones de estiércol, si no se supiera que los árabes no conocen otro abono que la incineracion de la tierra por medio de la combustion de los arbustos que crecen espontáneamente en ella. Estos puntos negros son tiendas, y una corta esperiencia enseña á distinguir un *aduar* en esta reunion de manchas negruzcas, muy semejantes á esas deyecciones que dejan en los pastos los ganados vacunos.

Por poco lisonjero que sea el aspecto del campamento árabe, siempre sentimos un gran placer al divisarle, puesto que él nos anuncia la conclusión de una jornada penosa, al través de valles y montes, cuya configuracion pintoresca no compensa muchas veces el fastidio y las fatigas del *turista*.

El *aduar* en Argelia, es la posada famosa y hospitalaria que alegra al viajero al salir de la pesada diligencia, ó al final de una jornada polvorosa llevada á cabo sin otro auxilio que las piernas.

Para concluir con esta designacion y evitar todo equívoco, diremos al lector que el *aduar* entre los árabes, es respecto á nosotros el caserío ó fragmento de una municipalidad. La municipalidad es la *dacherah* ó aglomeracion de *aduares*, y las *dacherahs* forman á su vez la *tribu*, que tanto por la cifra de su poblacion como por su perimetro, equivale á nuestros cantones.

Siguiendo la escala hay distritos (*haidats*), los cuales se agrupan, bajo un comandante superior, funcionario á la vez civil y militar, en departamentos (*khalifats*). Pero es inútil detenernos más acerca de esta gerarquía territorial que tiene tantas analogías con la nuestra. Permanezcamos, pues, ó mejor dicho, entremos en el *aduar*.

Se ha hablado ya hasta la saciedad acerca de la virtud hospitalaria de los árabes. Sobre este punto, los viajeros no han mentido; pero hay más de un género de hospitalidad, aun entre los mismos hijos de Ismael.

Se cometería un grande error, si se viera en ellos, bajo la fé de la tradicion, una raza de posaderos natos, consagrados por principio al hospedaje e cualquiera que fuese

á demandarles un abrigo. Paso por alto aquellos que saquean al huésped, por vía de escote, teniendo cuidado siempre de aguardar, por respeto á la *hospitalidad*, á que haya abandonado los lugares donde se ha ejercido la santa virtud.

En todas partes hay bandidos: citando estos robos, talvez no haria más que entrar en el capitulo de las escepciones; pero las creo bastante frecuentes. No solamente se practican de árabes á cristianos. Recientemente he leído en las sábias memorias de Mr. Prax sobre el interior de la Argelia, que un pobre peaton musulman yendo en comision del litoral á la frontera del desierto, sin otra proteccion que una estrema miseria pintada en sus facciones y en sus vestidos, entra, en la primera estacion, en una tienda donde se le ofrece el *kouskous* (1). El festin era detestable. Conforme comian, el anfitrión observa que el musulman tiene un turbante muy blanco, y se insinúa diciendo que deberia dársele á su hijo pequeño para hacerle con él una camisa. El viajero comprende hácia donde le conduce esta manera de empezar la comida; prevé que despues del turbante se le pedirá el albornoz, conceptuándose por muy dichoso si el calzon, la chaqueta y las babuchas no siguen el mismo camino. Pretesta entonces una necesidad, sale de la tienda y á favor de la oscuridad, á riesgo de ser devorado por los perros, peores que las hienas, emprende la carrera y huye lejos de allí.

Podrian citarse mil ejemplos de esta manera dudosa de ejercer la virtud musulmana por escelencia.

El más honrado de los árabes desearia ardientemente verse libre de la incomodidad y del gasto que le produce la llegada á su modesta tienda de un desconocido. Es un buen padre de familia que tiene sus costumbres tan arregladas, tan apacibles como las nuestras; y cuando nos recibe con cordialidad, debemos agradecerle su liberal hospitalidad con tanta más razon, cuanto que, merced á sus preocupaciones, á su parsimonia natural y á la vecindad de las mujeres, le és sumamente inoportuna.

Como, á pesar del enorme progreso de la seguridad

(1) Alimento compuesto de una especie de sémola, del cual nos ocuparemos más adelante.

pública en Argelia, sería más que temerario recorrerle solo, los desgraciados aduares colocados sobre las grandes líneas de comunicacion interior, tienen, más á menudo de lo que ellos desearian, la desagradable sorpresa de ver desembocar repentinamente delante de ellos un peloton de ginetes, bastante numeroso para no sufrir una negativa, á quienes es preciso alojar, cuidar, y dar de comer tanto á las personas como á las caballerias.

La sonrisa forzada y ceño fruncido de las pobres gentes, formando un contrasté cómico, revelan hasta qué punto les agrada la aventura.

Sin embargo, disipada la primera emocion, resignanse como fatalistas á la voluntad del Muy-Alto que parece destinarles aquel día, como muchos que le han precedido y muchísimos que les sucederán, á ser comidos hasta los huesos por importunos viajeros.

En un abrir y cerrar de ojos queda desocupada la mejor tienda y puesta al servicio de los extranjeros, los cuales muchas veces, llevando provisiones, tienen la delicadeza de rehusar los viveres que se apresuran á ofrecerles. De lo contrario, los árabes se instalan al punto en su cocina, y dos horas despues, el tiempo indispensable para la conecion del kouskous, los viajeros ven aparecer el festin servido en una especie de copa de madera, del modelo más antiquísimo.

Más adelante tendré ocasion de ocuparme de este festin, y de consignar mi opinion como gastrónomo, respecto á todos sus detalles.

Esta hospitalidad *fortuita* no es la peor, bien que sometida á las variaciones de lugares, horas y circunstancias, y suministrada ordinariamente por unos pobres labradores.

Peró por pobres que sean, jamás consienten en dejarse indemnizar. Ofrecerles una retribucion cualquiera, es una ofensa grave que conviene evitarles.

Tampoco permite la etiqueta árabe que el anfitrión tome parte en el festin que ha preparado, ni que se le convida á ello. Su deber es servir al huésped, animarle á comer y vigilar por sí mismo, por grandes que sean su dignidad ó sus riquezas, para que encuentre bajo su tienda toda la abundancia y todas las comodidades compatibles con

la situación del hombre que recibe y los recursos del albergue.

Si toma asiento cerca de su huésped al final de la comida, es siempre y necesariamente á invitación espresa y repetida de este.

Como no se viaja por Africa sin llevar la cafetera y el café, elemento indispensable de una buena higiene, la taza y el cigarro ofrecidos y aceptados con cordialidad, llegan á ser el lazo que une á los postres á los huéspedes y al anfitrión.

Los cigarros y el café son para los campesinos árabes una cosa tan rara como para nuestros aldeanos de Francia,

Únicamente en casa de los *grandes* la divina haba es el complemento obligado del festín. Sin embargo, el huésped que conoce algo el país le ofrece siempre al dueño de la tienda en donde come, puesto que nada es más á propósito para hacer olvidar á este último la incomodidad y los gastos que le ocasiona una visita tan poco deseada como imprevista. La menor bagatela, algunos terrones de azúcar, un fiambre cualquiera dado á los niños del anfitrión, acaba de escitar su simpatía; y si se puede añadir un obsequio para la señora de la casa, á quien no se ha visto, pero que os observa por las junturas de las cortinas que dividen la tienda en dos, velando á las miradas el dormitorio y la cocina, el buen humor del jefe de la *casa de pelo* llega á su colmo, y tenéis la satisfacción, al montar á caballo, de convenceros por medio de sus apretones de manos, que no conserva ya nada de la impresión desagradable que le habia causado vuestra inesperada llegada.

Muchas veces he recibido en Africa este género de hospitalidad rústica é improvisada. Casi siempre he sido recibido de la misma manera que acabo de decir, con mucha afabilidad y hasta con alegría, á pesar de que mi traje desprovisto de toda insignia militar (infalible salvo-conducto) y el efectivo de mi escolta, compuesta de dos gendarmes indígenas, no hiciesen de mí un personaje muy imponente ni muy terrible.

Recuerdo, sin embargo, los verdaderos gritos de desesperación que suscitó una mañana en un pequeño aduar de Hodna, nuestra aparición imprevista; esto fué debido á

que, habiéndonos incorporado á algunos oficiales con sus respectivas escoltas, las pobres gentes, viéndose ya comidos vivos, nos recibieron como á una nube de langosta. Forzoso fué incomodarse para obtener, las tiendas de que necesitamos tanta necesidad; felizmente, llevábamos con nosotros muchos albornoces rojos que no gastaban bromas; pero las desgraciadas mujeres, retirando apresuradamente sus utensilios y cediéndonos de mala gana el asilo temporal que habíamos elegido, lanzaban horribles lamentos.

Los hombres, para ser de un humor menos lacrimoso, no parecían más alegres.

Pero estaban en un error, creyendo que íbamos á agotar todos sus comestibles. Desayunamos á nuestra costa, y la vista de nuestras provisiones, sacadas de nuestros sacos de viaje, disipando las inquietudes, hizo callar como por encanto aquel aluvion de clamores.

En cambio, jamás olvidaré la cortesía y la abnegacion que encontramos un dia en las horribles soledades que orman el limite del Sahara y del Tell, en una pobre emigracion de saharis nómadas, que, viéndonos venir desde lejos, nos cedió, aunque nosotros nos resistíamos á aceptarla, la única tienda que poseian, para irse á acampar humildemente á alguna distancia, bajo un sol ardiente, hasta que les restituimos su albergue.

Llego á la hospitalidad *oficial*.

Yo entiendo por hospitalidad oficial la que no solamente es pedida sino ordenada, por decirlo así, por las *oficinas árabes* á los khalifas, los kaidas y los scheickhs de las localidades recorridas. Las cartas de introduccion ó de aviso de las oficinas árabes equivalen, en semejante caso, á los firmanes que entregan los pachás otomanos á los privilegiados á quienes honran con una proteccion especial.

Merced á la benevolencia de la autoridad militar y particularmente á la amabilidad del coronel de Neveu, en la actualidad director de los negocios árabes de toda la Argelia, he tenido la buena fortuna de recibir muchas veces esta hospitalidad escojida.

Las cosas pasan entonces de la manera siguiente:

Vos sois portador de cartas que haceis entregar al llegar al albergue que habeis elegido, al jefe del campamento árabe, el cual acude inmediatamente, y alegre ó

consternado por la aventura, pone á discrecion vuestra todo cuanto él posee de viveres, kouskous, huevos, gallinas, etc., pienso para los caballos, tienda, esteras y todo cuanto se os ocurra.

La institucion de las oficinas árabes, pesando sobre toda la gerarquía compleja de funcionarios indigenas que administran el país, ejerce sobre todos un prestigio y una influencia mágicos. Dos spahis rojos y algunas cartas dadas por la oficina árabe, son un talisman que permite recorrer con toda la seguridad posible y con toda la comodidad conciliable con el estado del país, las diversas tribus árabes.

Entra en las cargas previstas de las dignidades conferidas en nombre de la Francia suministrar, bajo el nombre de *diffa* y de *alpha* (alimento para los hombres y forraje para las caballerías), una larga hospitalidad á los huéspedes que ella recomienda. El que quiere ejercer el poder sobre los árabes debe someterse á alojar, cuando sea requerido para ello, *á pié y á caballo*.

Escusado es decir que los administrados contribuyen con una gran parte á este tributo eventual: el cargo del jefe es obtenerlo y distribuirlo.

Por su parte; las oficinas árabes mantienen en cada plaza de alguna importancia, un *dar-diaf* (casa de huéspedes), parador destinado á recibir los viajeros indigenas que son alimentados en él gratuitamente. De esta manera no exijimos de los árabes nada que no les devolvamos, quizás con usura, y esta reciprocidad de buenos tratamientos y de buenos oficios, facilitando los viajes y multiplicando las relaciones entre musulmanes y cristianos, les enseña á conocerse mejor, borra los ódios y prepara su union definitiva.

Aun hay otra cosa mejor: cuando el tiempo y la distancia lo permiten, se previene por medio de correos á todos los jefes del itinerario proyectado.

Así es como yo he recorrido en buena y numerosa compañía una gran parte de los Ziben en la primavera de 1849.

Por todas partes, merced á las instrucciones del brillante é inolvidable comandante Saint-Germain, muerto pocos meses despues, encontramos una acogida espléndida, tiendas colocadas, refrescos preparados y cocineros en

sus respectivos puestos. Los funcionarios salían á nuestro encuentro, á caballo, hasta un cuarto de hora de su capital ó de su smala. Al encontrarnos, echábamos todos corrientemente pié á tierra para estrecharnos la mano recíprocamente, y repetirnos veinte veces seguidas esos cumplimientos interminables de bienvenida á que los orientales son tan aficionados. Despues, montábamos de nuevo á caballo y hacíamos nuestra entrada marcial en la aldea de antemano alarmada.

Al marchar se repetía la misma ceremonia.

Pero antes digamos algo acerca de la permanencia.

A la llegada, empezábamos por echarnos sobre anchas esteras y tapices de Lichana que se habían tendido espresamente para nosotros. Despues, se nos servía leche de ovejas y dátiles: esto equivalía al ajeno. Más tarde se nos traía, para entretener el tiempo, galletas redondas y calientes, especie de tortas muy compactas perfectamente tostadas y de un sabor bastante agradable. Finalmente, por la tarde, y despues de dar algunos paseos bajo las palmeras, venía la *diffa*, el verdadero festin más ó menos variado, segun la magnificencia del anfitrión y la habilidad de la negra que desempeña las funciones de cocinera; pero cuya base es siempre el kouskous con carnero, huevos, azúcar ó especias. También se nos servía un inesplicable potaje: era la famosa *cherva*, especie de puré de albaricoques mezclada con cebollas y sazonada con una dosis no pequeña de pimienta.

Apenas habeis tomado dos cucharadas de esta mistura cuando creéis que todos los diablos del infierno os atarazan la garganta. Pero despues de pasada esta primera impresion os quedais sorprendidos al encontraros con un apetito capaz de consumir todos los platos más ó menos extraordinarios de que se compone el festin. Es preciso comer ó perecer. No hay repugnancia suficiente ante esta moda infalible, pero un poco viva, de abrir el tubo digestivo.

Carecíamos de vino; pero odres de cabra, decorados esteriormente con todo su pelo natural, nos suministraban un agua opaca y que sabía á cuero para aplacar un poco la conflagracion que se encerraba en nuestras entrañas.

Siempre terminábamos con el café de rigor.

En seguida nos acostábamos, y al siguiente día, á la aurora, volvíamos á ponernos en marcha.

La hospitalidad de *aparato*, la que se debe, independiente de toda conveniencia ú obligación oficial, á la política personal y á la invitación espresa de los grandes dignatarios del país, deja muy atrás á todas esas magnificencias de los albaricoques y de la pimienta.

He oído hablar de festines homéricos en donde cien variedades de platos eran ofrecidas á los convidados, bastando apenas para llenar el estómago sin fado del invitado árabe, el más sóbrio de los hombres ó el más insaciable, según las exigencias del día.

Sin haber visto semejantes festines, he podido apreciar la elegancia, el gusto y la gastronomía árabes en pequeñas reuniones, tomando yo parte en algunas comidas delicadas, de las cuales se vé desterrado el kouskous, con gran satisfacción de los convidados europeos.

El khalifa Ben-Gaunah, comandante militar de todo el Sahara, me había hecho prometerle ir, durante mi permanencia en Biskra, á ver su smala, situada á una pequeña legua. Al fin, le enviamos á decir el capitán de artillería de L... y yo, que iríamos al siguiente día.

Nosotros contábamos con hacerle una simple visita de atención, ver su smala y volver. Pero Ben-Gaunah no lo entendía del mismo modo.

Desde el amanecer estaban puestas en movimiento las negras, y á eso de las once nos esperaba ya un opiparo almuerzo. Pero nosotros no llegamos hasta las tres, ignorantes de los aprestos que se habían hecho para obsequiarnos.

El khalifa estaba mortificado por la tardanza, no por el almuerzo sino por aparecer ante los ojos de su comitiva, esperando tanto tiempo. Pero de una educación demasiado distinguida para dejarnos ver su mal humor, pareció decirnos: «puesto que os veo, me considero demasiado dichoso,» y nos condujo á su tienda, *marabou*, (bellísima tienda circular con lambrequines en la cúpula).

En esta habitación de campaña encontramos reunidos todo cuanto puede hacer confortable y voluptuosa la vida de un jefe oriental: riquísimos tapices, colgaduras de se-

da, mesa, sillas, y hasta un lecho á la francesa con cortinas de gasa, para el uso del amo y señor.

Lo que más fijó nuestra atención fué una larga fila de cofres, claveteados y guarnecidos de hierro, que se extendía á guisa de consola todo alrededor de la tienda. Dios sabe las riquezas que habria encerradas allí, en armas, alhajas, numerario, pasamanerías, etc., etc., botín de todas clases.

Mientras nosotros meditábamos sobre estos tesoros misteriosos, apareció el almuerzo, que se habia calentado apresuradamente, servido sobre una mesa baja. Nuestro spahis-intérprete fué convidado, segun la costumbre, á tomar parte en él; y Ben-Gaunah, que se abstuvo de comer, le hizo la misma acogida que á nosotros.

No tengo muy presente los manjares, no muy numerosos, pero sí muy delicados, que nos hizo servir Ben-Gaunah; solo me acuerdo de cierto plato de lomo de carnero con un relleno de huevos que mereció la aprobacion de todos. Bebimos de aquella agua marroqui estraida de odres hechos de piel de cabra, y unas conservas exquisitas aromatizadas con esencia de rosa y un café delicioso, terminaron nuestra comida.

El hermano segundo de Ben-Gaunah, Mahmmed S'rhir, que es kaid de Biskra, quiso tambien, al volver de una excursion común á los oasis del Oeste, darnos con toda ceremonia en su casa de Biskra. La cena, mitad árabe y mitad francesa, fué espléndida. Se nos hizo tomar asiento alrededor de una verdadera mesa, y para colmo de sibirismo tuvimos cada uno nuestro plato. Se nos sirvió Burdeos, Borgoña y hasta Champaña; pero nuestros comensales musulmanes nos miraron beber, y guardaron la reserva que jamás abandonan mientras les observan sus servidores.

En estos festines falta un elempto sin el cual toda buena comida queda incompleta: el pescado. Los rios de la Argelia son demasiado torrentuosos y demasiado desecables en estio para contener mucha pesca. Hasta hoy no se ha encontrado en ellos mas que una sola variedad ictiológica: nuestro vulgar *barbillon* (barbo pequeño).

Los árabes, que desprecian la caza, no saben cojer el pescado. Su torpeza corre parejas con su indolencia; de

manera, que sufren la privación entre la abundancia de todas las cosas.

Sin embargo, un día, en casa del kaid Si-Mokhtar, de Ras-el-Aioun, uno de los hombres más inteligentes y mejores que he conocido en la Argelia, nos quedamos todos sorprendidos de ver aparecer sobre la mesa la rareza por excelencia, los famosos barbillones fritos. Al ver las exclamaciones que nos arrancaba esta novedad, nos dijo que, siendo él muy aficionado al pescado, utilizaba los talentos especiales de un sargento de la legión extranjera que se le había agregado para dirigir los trabajos de su *casa de mando*, próxima á concluirse, y que este ingeniero se ocupaba día y noche en pescar en los riachuelos de que está cubierto el suelo de Ras-el-Aioun.

La casa avanzaba poco ó nada, pero en cambio el frito era abundante.

Si-Mokhtar era el primero que se reía graciosamente del giro singular dado á los talentos de su arquitecto. «El pez,—decía imitando con un gesto cómicamente expresivo el movimiento del pez que desaparece entre el agua,—corre demasiado vivo, y nosotros más que nuestras manos para cojerle.»

Hé aquí un gran rasgo de hospitalidad:

Una caravana que atravesaba el desierto llega á un oasis, y es recibida cordialmente en él por el jefe de la localidad. La vispera de su partida los viajeros solicitan ver al hijo de su huésped, jóven lleno de ingenuidad y de gracia.—«Mi hijo duerme un sueño profundo;»—responde sencillamente el anfitrión, que continúa haciendo liberal y graciosamente los honores de un festín espléndido. Pero al día siguiente, en el momento de ponerse en camino, saben que el jóven se había matado cayéndose de lo alto de un terrado.

El padre había tenido la energía de contener su desesperación para no entristecer á sus huéspedes.

II.

CAMPAMENTO Y ADUAR. — COSTUMBRES PASTORILES. — CÁZA. — SMALA.

La primera vez que me vi obligado á pasar una verdadera noche en un verdadero campamento árabe, fué al salir de Batua, en un sitio llamado Csour, que es la primera etapa entre la villa que he dicho y Biskra, capital de los oasis argelinos.

El aduar donde yo debía encontrar asilo estaba instalado en el sitio más pintoresco á la entrada de la hermosa llanura de Csour, á la orilla de un pequeño río y entre los restos de un puesto romano que debió ser considerable y encerrar un municipio, juzgando por la importancia de sus ruinas y la vasta superficie del terreno que ocupan. El aduar se hallaba al abrigo de una pequeña colina, sembrada toda de fragmentos de columnas, de pilares, y de esas piedras talladas que atestiguan por todas partes el brazo infatigable de los antiguos señores del mundo. La villa romana forma como un promontorio sobre la llanura de Csour. Es un horizonte admirable; el cielo se divide en dos zonas, la una brumosa y cenicienta, la que se estendia sobre nuestras cabezas, la otra, enfrente de nosotros, luminosa, resplandeciente: es el cielo del Sur, el cielo del desierto, donde cesan las lluvias, donde jamás se conoce el frio.

Una vasta tienda está levantada en el centro del aduar

a de la hospitalidad que me espera desde por la mañana. Los extranjeros son recibidos en ella por cuenta de las oficinas árabes, y merced al correo espedido la vispera desde Batna, encuentro á mi llegada dispuestas todas las cosas para recibirme dignamente: Enciéndese un gran fuego de leña verde (yo estoy hecho á prueba de humo) y en seguida se me sirve la comida, es decir el kouskous, en una gran copa de madera, de un modelo enteramente teatral, por el estilo de las que se encuentran en las ruinas del Herculano y de Pompeya.

Jamás olvidaré el aire de sumision ni la profunda humildad del pobre diablo encargado de depositar á mis piés este festin, lo que hizo bajando la cabeza hasta el suelo y arrojándose respetuosamente sobre sus rodillas y sus codos.

Preguntóme si queria que se sirviese otro kouskous para mis tres spahis. Yo respondi magnánimamente que, según la costumbre, dispensaba á mi comitiva el honor de comer con mi persona.

Jamás me fué tan necesaria su ayuda.

Era la primera vez que yo me encontraba delante de un verdadero kouskous. Apenas habia tomado dos cucharadas de él, cuando me pareció que me habia tragado un millon de agujas. Era el efecto de la pimienta y del pimenton picante ante arrojados á puñados en este guiso nacional: creo que para festejar convenientemente mi llegada se habia triplicado la dosis. Hasta mis spahis, acostumbrados á este festin infernal, no podian menos de manifestar su alegría por medio de gruesos lagrimones que caian hasta sus cucharas de madera.

El kouskous es una especie de sémola cuidadosamente cocida al vapor. Cuando ya tiene bastante consistencia se la coloca en forma de pirámide, en una de esas copas romanas de que he hablado, ó en su defecto, en un plato hondo. En las casas buenas, se le adorna con guisantes, con rajas de huevos duros y otras legumbres, y coronando el todo con un gran trozo de carnero asado.

Después de depositado el plato en medio de los convidados se le descorona del pedazo de carnero, para verter en el hueco que deja, la *margah*, que es un caldo especial, tan cargado de especias, que dá al manjar el sabor de una pelota de agujas.

Cada convidado se arma entonces de una cuchara de madera y cava delante de sí su agujero particular para agotar la maldita *margah* que abre el apetito á los muertos. Despachado el kouskous, cada cual coje una tajada de carnero con el índice y el pulgar. Los huesos medio roídos son depositados cuidadosamente sobre lo que queda de kouskous, y el todo pasado con ceremonia á la canalla familiar, que lo devora sin dejar nada, escepto los huesos que son esperados por los perros.

Hay muchas variedades de kouskous. Algunas veces está azucarado. Pero esto es un lujo escesivo. Hay árabes que no han comido ni visto en toda su vida un terron de azucar.

Los árabes acostumbran no mezclar los alimentos, cualquiera que sea su clase. Así es que comen separadamente la vianda, el pan ó las galletas. Muchas veces nos ha sucedido rehusar las tortas que se nos daban al empezar la comida esperando utilizarlas á guisa de pan, pero con gran sentimiento veíamos que al traer otra cosa se las llevaban y la esperiencia nos enseñó á desprendernos de nuestras preocupaciones de hombres del Norte y á tomar de todo.

Llegada la noche, mis tres spahis se retiran á dormir mientras que yo no puedo resistir al deseo de vagar un poco por el aduar, á riesgo de ser devorado por los perros salvajes, de ojo sangriento y de pelo leonado, cien veces más peligrosos para el hombre, *su amigo*, que la hiena y el chacal. Pero la oscuridad, me protege, y el ancho alboroz negro con que voy encapuchado contribuye á mi seguridad.

La velada árabe se prolonga más de lo de costumbre cuando un extranjero vá á reposar bajo la tienda de honor, lo cual es un acontecimiento que hace cavilar á todos los cerebros. Los hombres están sentados alrededor de los fuegos; los caballos comen con delicia grandes manojos de tomillos, al que son más aficionados que á la cebada; los camellos agrupados parecen disformes esfinjes echados á las puertas de las tiendas, al través de cuyo tejido brilla hasta una hora bastante avanzada de la noche la luz del hogar ó de las teas.

Las risas y el hablar estridente de las mujeres se mezclan á los relinchos de los caballos, á los ahullidos frenéticos.

cos de los horribles canes guardadores del aduar y á los balidos de los rebaños. No es un campo, es un arca: mañana, al despantar el alba, cuando fatigados los perros bajan por fin la voz, el gallo y toda la seccion de volátiles les darán la contestacion.

Dificil es de esplicar y de comprender cómo púede dormirse el hombre en medio de semejante ruido. El sueño viene sin embargo; lo cual es debido, segun mi opinion, á la enormidad del alboroto. A fuerza de golpes, de sacudidas violentas y dolorosas, el nervio auditivo concluye por embotarse. El exceso del mal produce la insensibilidad.

En cuanto á los árabes, debo decir que ni siquiera tienen conciencia del ruido que causan, tanto ellos como los animales, y los llenarais de asombro si os quejáseis de ellos.

Si les ocurre hablar en medio de la noche, es siempre á voz en grito, cualquiera que sea el vecino ó el huésped dormido; y añado, por haberlo presenciado muchas veces, que tienen una infernal inclinacion á las conferencias nocturnas.

Entre las peripecias de esta primera noche bajo la casa de pelo, debo contar la visita de una especie de monstruo blanco que se introdujo cerca de mí dando unos gruñidos siniestros. Recordé la historia y la bravura de madama Deshoulières, y encendiendo una luz, reconocí uno de aquellos espantosos perros del aduar, hambrientos como lo están todos ellos, que atraído por los huesos de carnero, resto de nuestro festin, esparcidos por el suelo de la tienda, estuvo durante dos horas comiéndoselos con gran ruido de mandíbulas, concediéndonos la gracia de no devorarnos á todos nosotros.

Estos animales están poco alimentados por sus respectivos dueños. Jamás reciben del hombre mas que palos, que ellos pagan en dentelladas. De ahí nace el natural bilioso, por no decir sanguinario, que distingue á este cuadrúpedo y apaga en él los buenos sentimientos, los instintos tan nobles que se le vé desplegar en un centro más dulce, bajo la influencia moralizadora de las caricias del hombre y de las comidas arregladas.

En la Argelia, el perro, lo mismo que su amo, vive en estado salvaje; tiene afeccion á los lugares como el gato,

pero no profesa cariño ni amistad á la imagen del Criador, lo cual es muy justo.

La tienda árabe, *beit el char*, es decir casa de pelo, está formada como lo indica su nombre, de un tejido de pelo de cabra ó de camello. El aspecto de esta vivienda es parecido al de un buque volcado.

Este domicilio portátil generalmente está dividido en dos partes iguales por un tabique de estacas, entre las cuales se colocan las provisiones de la familia, envueltas en algunas pieles de animales, las ropas, los instrumentos oratorios, las sillas, bridas y armas del señor.

El compartimiento situado á la derecha de la entrada está destinado á los hombres; el de la izquierda es el de las mujeres, el cual está subdividido muchas veces en dos piezas distintas, una que sirve á la vez de salon y de dormitorio, y otra destinada á cocina. Estas diferentes habitaciones están cubiertas de tapices, de estereras ó de pieles de carnero, segun la posicion del dueño de la tienda.

Varios útiles para tejer lana, algunos vasos de tierra cocida, cuya forma recuerda las ánforas romanas, y un molino de moler grano, compuesto de dos piedras engranadas la una en la otra y que se hace mover á brazo, componen el mobiliario, confuso aunque reducido, de esta habitación rústica.

A la entrada de la tienda se ven suspendidos algunos odres llenos de agua y de leche ágría, las dos únicas bebidas del árabe pastor.

Las tiendas de un gran aduar abrazan una vasta superficie de terreno y están diseminadas sin simetria y á la casualidad, como las casucas de nuestros arrabales; pero en los pequeños aduares están agrupadas en circulo, sin duda por la necesidad de la defensa comun, en caso de alarma.

Los caballos maneados y los rebaños ocupan durante la noche el centro de este pequeño campamento; los perros rondan por la parte esterior; las gallinas y los animales jóvenes son admitidos revueltos con las personas á disfrutar de las delicias de la tienda.

La leña y el agua son los dos polos sobre los cuales giran los campamentos árabes, infinitamente menos caprichosos y movibles de lo que se les supone. El agua, aun

que escasa, corre siempre próxima al aduar. No puede decirse otro tanto de la leña que muchas veces falta, teniendo que suplirla bien ó mal con restos de arbolillos, tallos de cardos, ó manojos de yerbas secas que las desventuradas mujeres van á recoger, á costa del sudor de su cuerpo bronceado y musculoso, por los vecinos campos.

En los prados cercanos pacen rebaños de carneros y algunos bueyes desmirriados, la gran riqueza del árabe. Titiro y Melibeo reviven en Africa; sus himnos pastoriles y sus cantos eróticos se conciertan con la agreste flauta de algún armonioso Menaleo, pastor como ellos, mientras que la cabra lasciva trepa á lo empinado de las rocas, se suspende sobre las ruinas y rúmia la amarga citisa.

Uno de los placeres puramente árabes le constituye la caza con *matraque* (palo). Es una diversion rústica que consiste en perseguir un desgraciado cuadrúpedo del género liebre, cercarle y matarle lanzándole á fuerza de brazo, no una bala, sino un pesado garrote. Correr una liebre á garrotazos es un juego digno de príncipes. Pero los príncipes (en Argelia) desdennan este pasatiempo de pastor; ellos solo cazan leones como sus padres nómadas, ó con halcon, en el Hodua, en las montañas y en las regiones del Sahara, como nuestros grandes barones de la edad media, con los cuales tienen muchos puntos de contacto.

La carne de liebre árabe, que no vale lo que la de Europa, es muy poco estimada en el país, y si la cazan con *matraque*, es puramente por diversion.

¿Debo enumerar aqui las diferentes *smalas* en que he tenido el honor de ser el huésped de algunos de los grandes dignatarios indigenas de nuestras posesiones de Africa, entre otras las de Ben-Gaunah, de Ben-Chennouf, y de Si-Mokhran? En estos sitios es donde brilla en toda su pompa y en toda su poética confusion el campamento árabe. Pero, como del aduar á la smala no hay más diferencia que la de la parte al todo, figúrese el lector el aduar con más camellos, más caballos, más tiendas, más hombres armados, más tumulto, y tendrá una idea fiel de esas ambulantes ciudades, de esas caravanas señoriales, de ese movimiento incesante y pintoresco, verdadera imagen de la vida del africano *númida* ó *nómada*, dos palabras nacidas la una de la otra, y cuya significacion es idéntica.

III.

EMIGRACIONES.—AGRICULTURA.—MERCADOS.—LOCOS É ILUMINADOS.—DESPEKS DE COMER, BAJO LA TIENDA.

En el capítulo anterior, hemos afirmado bajo la fé de Salustio, que *númidas*, *nómadas* ó *emigrantes*, eran tres términos idénticos. Para justificar nuestro aserto, tenemos el siguiente pasaje del nervioso y brillante historiador de la *Guerra de Africa*, que es de los más precisos y más concluyentes:

—«Los persas—dice—se unieron por medio de matrimonios á los Jétulos, y como en sus frecuentes escursiones habian recorrido diferentes paises, se dieron ellos mismos el nombre de *númidas*.»

Y más adelante, añade:

—«Llegó un tiempo, en que el esceso de poblacion obligó á los jóvenes persas á abandonar la mansion de sus padres. Los *emigrantes*, calificándose de *númidas*, fueron á ocupar un pais del mismo nombre en las cercanias de Cartago.»

Resultan de estos pasajes muchos hechos curiosos, á saber:

Que los persas han tenido la iniciativa de esas costumbres errantes, endémicas al Norte del Africa; que, por otra parte, ellos han sido los primeros colonizadores de ese suelo privilegiado que tanta atraccion tiene para las emigraciones de los hombres; y finalmente, que *númidas* es el

origen y la raíz, apenas alterada, de *nómada* tomada genéricamente para espresar hoy costumbres de viajar, atribuidos, como carácter de raza, á los descendientes del Profeta.

El árabe pastor ó *nómada*, es infinitamente menos vagabundo de lo que comunmente se piensa. Sus emigraciones tienen lugar dentro de un pequeño círculo. Las tribus, en general, son muy afectas al suelo que cultivan y habitan de tiempo casi inmemorial, y los cambios de aduar no se verifican, salvo los casos de guerra, trasportacion violenta, etc., mas que en un radio circunscrito por algunas leguas de perimetro.

Los saharianos, como tendremos ocasion de consignar muchas veces, son los únicos habitantes del Africa cuyas evoluciones periódicas abrazan espacios considerables. La proximidad del estio les arroja del Sahara, su establecimiento principal donde la torrefaccion general de las escasas plantas que produce la region de las arenas, amenaza con el hambre á sus ganados. Pasan al Tell, á cuarenta cincuenta, sesenta leguas de su residencia, trayendo las plantas tintóreas, las especias, los tejidos, los dátiles del desierto, que cambian por trigo y otros géneros europeos. Despues, cuando viene la mala estacion, se vuelven en caravanas á tomar sus cuarteles de invierno en los confines de esos oasis, en donde son todos ó la mayor parte propietarios.

Estas marchas periódicas, y en masa, se hacen en un desórden pintoresco. Véanse numerosas caravanas que llevan á cabo la penosa travesia del gran desierto, arrojando privaciones, fatigas y peligros. Es un cuadro magnifico que tuve constantemente delante de mi en la época en que visité una parte del Sahara (en marzo de 1849). Pido permiso para tomar de mi cartera de viaje algunas de las notas tomadas á la vista de estos pueblos ambulantes:

«Nos cruzamos en el valle (de Batna) con numerosas bandas de saharianos nómadas que van, segun costumbre inmemorial, á pasar la estacion del estio en el Tell y á apacentar en él sus ganados y llevar los dátiles y los perfumes, y aprovisionarse para el invierno de los granos que faltan, por no haber agua, en la region de las palmeras; En esta estacion suelen adelantar un poco el momento de

sus emigraciones anuales, á causa del calor extraordinario que reina ya en el Sahara.

»Estas caravanas parciales son animadas y pintorescas. Los hombres, á pié ó á caballo, y armados de sus largas escopetas, se adelantan con aire grave, llevando delante de ellos sus bestias y conduciendo los dromedarios. De estos últimos animales, unos llevan las tiendas tejidas de su pelo, los utensilios domésticos y los *tellis*, grandes sacos de rayas oscuras y blancas que contienen las mercancías y todo el moviliario de estas familias de Bias. Los otros van cargados con palanquines de una tela oscura y opaca donde están las mujeres y los niños.

»Estos palanquines están cerrados por delante, pero bastante mal, con una cortina negra que las hijas de Eva encerradas en ellos recorren con frecuencia, al menor incidente; es decir, precisamente cuando hay más motivos para que el palanquin permanezca cerrado. El encuentro con un extranjero, con un europeo que viaja acompañado de tres ginetes rojos, es uno de esos episodios que tienen la virtud de separar instantáneamente todos los velos y de atraer todos los rostros á las ventanillas. Muchas de estas damas son lindas, escesivamente lindas, y están menos atezadas de lo que generalmente se cree; algunas son estremadamente blancas. Su tipo general no responde á la dea que se puede formar, segun los modelos conocidos, de la fisonomía árabe. Su fisonomía, sobre todo en las mujeres muy jóvenes, es más bien redonda é infantil que majestuosa y oval.

»Su traje consiste en una túnica de lana blanca, abrochada por la espalda, ceñida á la cintura y recojida sobre una de las caderas, segun el gusto antiguo. A cada movimiento hacen sonar una multitud de brazaletes, de amuletos, y de enormes aretes de oro ó de plata, con que llevan sobrecargados los brazos, el cuello y las orejas.

»Su adorno de cabeza, difícil de explicar, es una especie de turbante de pelo de camello colocado con mucha coquetería, y por debajo del cual caen graciosamente á lo largo de sus sienes, sus cabellos negros como el ébano, en anchas trenzas minuciosamente tejidas.»

Hé aquí otro cuadro de emigración árabe que presenta un aspecto muy diferente:

—«Más lamentables acaso que los combates, son esas largas marchas á que se ven condenados, á consecuencia de las razias, hombres, mujeres y niños, revueltos con los ganados, y conducidos por nuestros ginetes, bajo un cielo de fuego, en interminables etapas. Los hombres son resignados y duros; pero las mujeres, fatigadas, jadeantes, gritan y se desesperan. Tienen los piés ensangrentados, sollozan bajo el peso de su miserable carga, y echan de menos amargamente su libertad y su aduar; es un concierto de lamentos capaz de enternecer los bronce.

Muchas de estas desgraciadas mujeres estrechan un niño contra su seno; otras le llevan sobre la cadera.

Algunas veces sucede que la mucha fatiga, apresura para una de ellas el término: se oyen gritos penetrantes

—¿Qué es eso?—pregunta el oficial.

—Mi teniente,—dice un ginete avanzando;—es una mujer que pide permiso para dar á luz una criatura.

—¡Alto!—grita el oficial.

La desgraciada mujer se acomoda en un jaral, si le encuentra; dá á luz *su pequeño*, sirviéndose ella misma de co madre; recoge el recién nacido, le envuelve en sus harapos, se levanta y emprende de nuevo su marcha.

Todo esto ha durado un cuarto de hora. »

Para que no se crea que este es un cuadro de fantasía, declaro que le he trazado literalmente segun me le ha referido el capitán L... del 3.º de cazadores, uno de los más bravos y de los mejores oficiales de la caballería de Africa.

La agricultura árabe es bárbara, pero está en armonía con las leyes y las exigencias del clima, las condiciones geológicas y la experiencia de doce siglos. Sin duda hay mucho que perfeccionar en los métodos árabes; pero es necesario estudiarlos y conformarse en un principio con ellos, para mejorarlos poco á poco, segun las observaciones diarias. El que quisiere rehacerlos completamente, segun las ideas recibidas en Europa, correría grandes probabilidades de no ser más que el obrero de su ruina.

Con un arado que difiere poco de la reja rudimental de Triptolemo, especie de espolon sin manijas, arrastrado por dos bueyes, los árabes rompen tan superficialmente la capa superior del suelo, que cuando ha empezado á crecer la semilla, apenas se distinguen los surcos bajo la alfom-

bra verde que los cubre. Las cañas crecen poco espesas y mezcladas con toda clase de plantas parásitas y de arbus-tos invasores. Careciendo el árabe de la paciencia y de los instrumentos necesarios para desmontar y escardar la tierra profundamente, se ha acostumbrado a respetar estos obstáculos.

Los árabes no cultivan generalmente mas que el trigo y la cebada. Se ha observado que siembran con mucha abundancia relativamente a la imperfeccion de sus labores. Arrojar menos cantidad de semilla, y labrar más profundamente: tales son los dos puntos sobre los cuales debe girar la reforma de sus tareas.

A pesar de tantas imperfecciones, el cultivo indígena (en cereales) dá generalmente al propietario del terreno el veinticinco ó treinta por ciento del capital empleado; y es imposible que ningun europeo, si no emplea el sistema árabe, los brazos árabes, pueda sostener la concurrencia. La razon es muy sencilla: los brazos europeos tienen un precio muy alto y están siempre dispuestos a desertar del trabajo a la vista de un salario mayor, mientras que el árabe ó kabila, acostumbrado a vivir con poco, ligado al suelo, se contenta con una pequeña paga, si se le trata con dulzura ó solamente con justicia.

Jamás ha sido mimado por los turcos, señores avaros y opresivos, ni tampoco lo es hoy por los grandes propietarios indígenas.

Hé aquí los lazos que unen al obrero respecto a su señor:

El propietario arrienda la tierra al obrero con la condicion de que los productos serán repartidos de este modo: cuatro quintas partes para el amo, y el resto para el quintero, llamado *khammas* (de la palabra árabe *khamse*, cinco), ó cultivador por la quinta parte. Una *sarmia*, ó anticipo en metálico, hecho al quintero por el señor, constituye su compromiso recíproco, y suministra al último los medios con que vivir y vestirse él y su familia hasta el momento de la recolección.

El *khammas* recibe también el par de bueyes necesario para la labor de las tierras que le son confiadas.

Se llama *zouidja* el espacio de tierra que puede labrar en el año un par de bueyes, y este espacio varia de seis a ocho hectáreas.

La tierra debe ser labrada dos veces por lo menos, y tres, si el año anterior en barbecho. La siembra se hace antes de la última labor.

El árabe trabaja todo el día sin desuncir el ganado. Si cae enfermo, está obligado á pagar otro bracero que le reemplace.

También está obligado á construirse una cabaña, que pertenece al señor, la cual debe colocarse en el sitio designado por este.

Los mercados árabes merecen una mención especial. Es un golpe de vista muy animado el que presentan todos estos hortelanos bíblicos, los unos pomposamente cruzados de piernas delante de una gallina vieja, media docena de huevos, un manojo de cebollas, y unas pocas naranjas, todo esto traído de muchas leguas; los otros más demostrativos y animando con el gesto, gritando: «por un sueldo, por un sueldo» (*sordi, sordi*), ofreciendo por esta modesta suma, quién sus galletas, quién sus cebollas.

Esto es en las poblaciones.

En los campos hay mercados de una importancia inmensa respecto á ganados y á cereales, asemejándose mucho á nuestras ferias. La mayor parte tienen lugar una vez por semana. Pero en estas grandes reuniones de hombres, casi siempre ocurren multitud de tumultos y de asesinatos. Esta es la razón porque los mercados árabes, que son un gran elemento de gobierno y de civilización, tienen necesidad de ser vigilados muy particularmente por la autoridad francesa, al mismo tiempo que la conviene protegerlos y fomentarlos para la introducción del elemento europeo.

Nadie ignora que, en Oriente, los locos son otros tantos seres sagrados. *Ada mahboul* (este hombre está loco) es un pasaporte con el cual todo ciudadano privado de razón, puede entregarse impunemente á todas las escurridadades, seguro de no obtener en cambio más que muestras de aprecio y veneración.

No solamente los insensatos y los monomaniacos de Argelia tienen este insigne privilegio, sino que, si tienen la felicidad de ser locos de andar, entonces llegan á verse calmados de bienes, ascendiendo de un salto á marabouts. Con este último título disfrutan de un sin número de de-

rechos envidiables. Componen amuletos y distribuyen al pueblo sus harapos, vendiéndolos a buen precio. Tienen tienda de salud, como el loco de la Fontaine tenia comercio de sabiduria. Se hacen hospedar en todas partes, reciben presentes, entran en las casas, toman lo que les agrada, tiranizan á los maridos y deshonoran á las mujeres, impunemente *per totam terram*.

Muchas veces estos locos degeneran en furiosos. Este es el colmo de su grandeza. Tienen sueños proféticos y se lanzan á la predicacion, escitando á la guerra y al exterminio en nombre de Dios, con el cual se dicen estar en contacto. Estienden sus cinco dedos delante del vulgo asombrado, y anuncian que estos cinco dedos se convertirán en el momento oportuno en otros tantos cañones que vomitarán la muerte sobre los cristianos.

Generalmente, no se acostumbra velar bajo la tienda. Siempre se está cansado, bien de una larga cabalgata, bien del trabajo del dia. Los ojos se cierran bien temprano en el aduar; donde, por lo comun, no se oyen mas que los ladridos de los perros, el relincho de los caballos y el abullido de los chacales.

Sin embargo, cuando un extranjero de alguna consideracion, ha recibido la hospitalidad bajo la casa de pelo del scheikh, se le acompaña despues de la última comida por la noche. Los parientes y amigos del scheikh, mitad curiosidad y mitad cortesia, vienen sucesivamente todos juntos á visitar al ilustre extranjero. Saludan, se sientan en circulo y ceremoniosamente sobre la alfombra ó la estera, se fuman cigarros y se toma el café. Los árabes hablan entre ellos; el extranjero les dirige algunas preguntas, á las cuales, segun su costumbre, no responden.

Despues de este coloquio discreto, habiendo examinado ya los visitantes vuestra persona, vuestras armas, vuestras cantinas, etc., etc., se levantan uno á uno y desaparecen como sombras.

Una mano invisible ha dejado caer las cortinas de la tienda. Un minuto antes tan acompañado, y ahora me encuentro completamente solo. Me tiendo sobre mi colchon de campaña, coloco la montura de mi caballo por almohada y me duermo.

Buena noche, lector: hasta mañana.

IV.

DANZAS.—COMITIVAS FÚNEBRES.—VISITAS A LOS CEMENTERIOS
—MARCHA Y FANTASÍA NUPCIALES.—RABBA.—GHELLABS.

Muchas veces se ha citado el dicho del oriental que, convidado á un gran baile, se asombró de que personajes tan respetables y que *no tenían necesidad de ello*, se tomasen el trabajo de *bailar ellos mismos*.

El mahometano, que no tiene Academia nacional de música y baile, se hace trasportar la ópera á domicilio por personas de virtud problemática; pero jamás le ocurre la idea de entregar su persona, bajo pretexto de divertimento, á un ejercicio fatigoso y altamente atentatorio á la dignidad masculina.

La danza árabe es una especie de *mezzo término* entre la vigorosa y provocadora lascivia del bolero español y la mística pantomima india.

Yo no sé si esto podrá llamarse danza; el lector juzgará.

Los cabellos esparcidos en largas trenzas, la mirada ardiente, la boca entreabierta, las mejillas inflamadas, la bayadera argelina gira lentamente sobre sí misma; su cabeza inclinada hacia atrás permanece fija y como abismada en yo no sé qué sueño citereo, mientras que el cuerpo es presa de un estremecimiento nervioso y continuo. De sus labios se escapan con esfuerzo cantos entrecortados: una romanza árabe imposible de traducir.

Tres ó cuatro músicos, teniendo el primero un violi

de dos cuerdas colocado verticalmente como un violoncello; el segundo, una bandolina que rasca con el extremo de la uña; el tercero, un puchero tapado con un pergamino, sobre el cual toca con el reverso de la mano; y finalmente, el cuarto, unas enormes castañuelas, repiten imperturbablemente una única frase melódica de que se compone su repertorio. Es una especie de *trémolo* cortado, sin ninguna transición del *forte* al *piano*, y cuyo movimiento rápido es tan poco armónico como posible con la medida del canto.

Al cabo de algun tiempo, parece que el delirio sensual, tan enérgica como sencillamente espresado por la bayadera arabe, se ha apoderado de todos los concurrentes. Unos, parecen sumerjidos en visiones superlunares; otros, abjurando la flema nacional, rien, cantan y beben su infusión de café negro; y muchos,—pidó perdon á Mahoma,—no contentos con esta libacion ortodoja, se agarran al alcohol con pimienta, que se les dá con el pseudónimo de aniseta, y que es el néctar sublime, la ambrosia por excelencia de los mahometanos licenciosos.

El lugar de la escena,—por lo comun, una vasta tienda circular ó el palacio de un noble, cuando no es un café móro ó algun otro sitio sospechoso,—está iluminado por velas de cera amarilla, y la atmósfera se halla oscurecida por las espesas nubes del humo del tabaco.

De repente, uno de los concurrentes se levanta lleno de entusiasmo, saca de su bolsillo-cartera marroquí, bordado de filigrana de oro, una docena de monedas, y aproximándose á la bailarina, se las coloca una á una sobre la frente, las mejillas, la barba y sobre los lábios, mientras que esta, continuando su juego, sus ejercicios febriles, parece cada vez más enagenada, más jadeante, á medida que aumenta el número y el valor de las monedas que el amor á la danza ofrece en homenaje á esta fisonomia de bacante.

Lo sublime del oficio consiste en retener todas estas monedas adheridas al sitio en que han sido colocadas, sin interrumpir un solo instante las agitaciones pírricas que han valido á la bailarina este tributo de admiracion.

Después de haber danzado así algunos minutos, la bayadera levanta la cabeza y hace caer el fruto de sus tra-

bajos coreográficos en un lienzo que ella sostiene con sus manos á la altura de sus hombros; en seguida continúa de nuevo su ejercicio, que prolonga muchas horas, hasta que cae desfallecida con grandes exclamaciones de la asamblea.

Otra ocupa su lugar, y el espectáculo se prolonga con los mismos juegos, los mismos cantos, las mismas recompensas, hasta los primeros albos de la mañana.

Además de estas pinturas coreográficas del amor sensual, los árabes tienen escenas imitativas de la pasión militar, que es uno de sus instintos hereditarios é innatos. Las bailarinas, armadas cada una de un sable, hienden el aire de punta y de corte, agitándose segun hemos descrito anteriormente.

Si es verdad, como lo han pensado los filósofos cristianos, que la preparacion para la muerte sea el objeto y la grande obra de la vida, no hay en el mundo hombre que realice estas austeras condiciones y sepa morir mejor que el árabe, el cual vé aproximarse su disolucion con tanta tranquilidad como si no llevase consigo el gérmen de su fin próximo. Cuando le faltan sus fuerzas, cae estendido sobre el suelo, se recomienda á la proteccion del Profeta, y vuelta la cara al Oriente, lanza el último suspiro y abandona la vida sin ser despojado de sus vestidos.

Ninguna disposicion testamentaria que hacer, ningun deber religioso que cumplir, vienen á turbar en este momento supremo su agonía. Generalmente muere sin pensar en la muerte; el marabout, cuyos remedios empiricos han apresurado por lo comun el instante fatal, es el que preside las exequias en su doble calidad de *tebib* (médico espiritual y temporal).

Hay mucho de grandeza y de sencillez en los funerales mahometanos. El cuerpo, con sus vestidos por sudario y espuesto á las miradas de todos, es trasportado sobre un caballo, cuyo diestro es llevado por un hombre que camina á pié, y al cual sigue una larga fila de ginetes silenciosos y pensativos.

Sabido es el profundo respeto de los orientales por la muerte. Sobre el mismo campo de reposo se distribuyen limosnas á los mendigos y á los pobres que han formado parte del cortejo.

Multitud de higueras, de plátanos y de sicomoros dan sombra á estos cementerios.

El campo de reposo se estiende por lo comun en todas direcciones alrededor de los lugares habitados. El muerto es colocado estendido en su lecho funerario, con el pecho levantado, inclinado sobre el costado y sobre el codo izquierdos, á fin de que pueda levantarse más fácilmente cuando suene la trompeta del Juicio final. La estructura de la tumba es grosera, y cuatro piedras, dispuestas en rectángulo, componen todo el monumento. Pero la entrada de la fosa está cuidadosamente cubierta de baldosas, con el objeto de preservar al muerto de los dientes del chacal, y si es posible, de la voracidad mucho más terrible de los *ghouls* (vampiros). Por cima de la cabeza del muerto hay colocado una especie de tubo de tierra cocida, á fin de que pueda oír mejor, el día de la resurreccion, la voz del ángel que mandará al impío y al fiel despojarse del sudario para comparecer ante los ojos de Allah.

Ninguna inscripcion, ningun epitafio indican el nombre ni calidad del difunto, á la piedad filial y conyugal toca distinguir la sepultura. Alguna que otra tumba coronada de turbantes labrados en la piedra ó en el mármol, indican solamente la presencia de ciertos personajes que han ocupado durante su vida cargos de consideracion ó poseido grandes riquezas.

El matrimonio, entre los mahometanos, es una especie de transaccion, un negocio. Y esto se comprende con tanta más razon, cuanto que los descendientes del Profeta, por lo general no conocen, hasta el día de su boda, á la mujer con quien deben unirse.

Solo el día de su boda es cuando los dos esposos se encuentran frente á frente, despues de la comida, las iluminaciones y otros varios regocijos, segun las costumbres locales de las provincias y de los distritos donde tiene lugar este grande acto.

A pesar de que el matrimonio entre los mahometanos, merced al derecho de repudiar, es una cosa infinitamente menos grave que entre los pueblos cristianos, aun los más pobres tienen á honor el celebrarlo dignamente. Acaso llegue un día en que estos usos inocentes, estas prácticas

hospitalarias caigan en el olvido en que han caído ya en las naciones que se dicen más avanzadas, pero que todavía se conservan en toda su pureza bajo la tienda del árabe.

Generalmente, la novia vá acompañada hasta casa del kadi ó hasta el domicilio conyugal, por una cabalgata guerrera (*fantasia*), en donde la *pólvera habla* á todo trance. Las fantasías matrimoniales, difieren muy poco de esos pequeños combates simulados, cien veces descritos, en los que los árabes ejecutan ataques y retiradas; despues, lanzando sus caballos á todo escape y haciendo girar sus fusiles con una mano por cima de sus cabezas, vienen arrojando gritos de guerra, á descargar su arma ante las barbas del personaje venerado, en cuyo honor corre la posta y quema la pólvora de esta manera la tribu.

He asistido á una *fantasia á pié*, que me ha parecido mucho más rara. Los árabes, vestidos con sus mejores trajes, se adelantan danzando hácia las mujeres sentadas en una larga fila, cuyo centro ocupa la recién casada. Llegados delante de esta última, disparan sus fusiles retirándose en seguida con los mismos saltos grotescos á cargar de nuevo sus armas.

Durante este tiempo, las mujeres lanzan un grito penetrante que sostienen con una fuerza de aliento increíble, que algunas veces dura un minuto y que se termina con un descenso, tan brusco como imprevisto y simultáneo, á la octava.

La *Rhabba*, es una fiesta particular en el Oeste de nuestras posesiones argelinas. Nosotros no hemos asistido á ella personalmente; pero sabemos, que el principal atractivo consiste en una lucha cuerpo á cuerpo, en la que los atletas despliegan una agilidad, una fuerza y una destreza maravillosas. De pié é inactivos, al lado de los luchadores, están los jueces del campo, los padrinos de estos paladines agrestes. A la conclusion de estos ejercicios, la multitud rompe en su fantasia de rigor, disparando sus armas; porque entre los árabes, todas las fiestas concluyen con salvás.

A pesar de que los árabes permiten á sus mujeres el divertimento del baile, más bien lo ejercitan como un

V.

AFICION A LAS ARMAS.—TÁCTICA.—INTREPIDEZ.—MORABITOS.
—IMAGINACION: AMOR A LO MARAVILLOSO.—MÚSICA.—FANTA-
SÍA.—TIPO FÍSICO.—ASTUCIA.

¿Quereis producir sobre el árabe una impresion de placer que raye en el entusiasmo? Mostradle unas buenas armas, haced jugar delante de él el perrillo de la llave de una pistola ó brillar la limpia hoja de un sable oriental, y vereis inmediatamente centellear sus ojos y tender sus manos hácia estas armas preciosas, trémulo de emocion; y si vuestra munificencia le regala estos objetos queridos, le vereis prorrumpir en demostraciones del más sincero reconocimiento.

Las armas, los combates, un ágil corcel que devora el espacio; hé aqui, en efecto, la alegría y la vida del árabe. No es pastor y cultivador más que por necesidad, desentendiéndose desde el momento que puede de estos cuidados importunos. Asi es que la mujer árabe, está encargada no solo de los trabajos domésticos, sino de las rudas faenas del campo. Ella siembra, hace la recoleccion, muele el grano, dá de comer á los caballos, los ensilla, y soporta, en una palabra, las más duras fatigas; mientras que su esposo, abismado en las dulzuras de un majestuoso *far niente*, reserva su actividad para un objeto más alto y se reconcentra en el sentimiento de su dignidad de hombre.

Tal es el árabe bajo la influencia enervante de la paz. Pero viene la hora de montar á caballo y de entrar en campaña, y este hombre, poco antes tan indolente, se mostrará infatigable. Lleno de impetuosidad y de ardor, no rehusará los trabajos ni las privaciones y peligros de la guerra; pasará, si es preciso, días enteros á caballo bajo un sol ardiente, contentándose, para alimento, con un poco de galleta seca ó, en su defecto, algunos frutos silvestres.

Los numerosos boletines de las campañas de África nos han enseñado de qué manera combaten los árabes cómo caen sobre su enemigo con la celeridad del rayo disparan sobre él sin echar pié á tierra, y despues, volviendo la espalda, van á cargar de nuevo sus armas fuera de distancia, mientras que otros ginetes ocupan su lugar en la primera fila.

Esta táctica, en donde la fuga ocupa un lugar tan importante como el ataque, no debe hacer sospechosa la bravura del árabe; al contrario, pocas naciones hay en donde sea tan universal el valor militar, que muchas veces raya en heroísmo.

Esta brillante cualidad se desarrolla sobre todo en la guerra santa, en donde, exaltados por la esperanza de obtener las recompensas celestes que les promete su religión, si mueren combatiendo contra los infieles, afrontan la muerte con una intrepidez inaudita y algunas veces la buscan, la llaman como una amiga y una libertadora. Un árabe me contaba que su padre, muerto en el combate de la Macta, habia debido esta buena fortuna á la posesion de un talisman que habia comprado á un morabito ó marabout, á costa de mucho dinero.

Puesto que hemos pronunciado la palabra morabito, haremos conocer á nuestros lectores el personaje á quien se dá este nombre y que parece vender, segun su voluntad, la vida ó la muerte. El *morabito* ó *marabout*, es un santo hombre que, desentendiéndose voluntariamente de los intereses terrenales, forma con Dios el compromiso de no vivir más que para él.

Se ve que, por su parte, Dios se muestra reconocido y paga este sacrificio con gracias y favores maravillosos.

Pero no se limitan á esto los beneficios del oficio de san-

to entre los árabes. Privilegios de todos géneros, el respeto y la sumision de los fieles y, muchas veces, hasta una grande influencia temporal, son inherentes al ejercicio de esta dichosa profesion.

Abd-el-Kader no ha debido más que á su título de morabito, el principio de una fortuna política que su habilidad y su ambicion han hecho rayar tan alto.

En todas las ocasiones importantes son consultados los morabitos, y sus decisiones pasan por otros tantos oráculos. Ellos son los que escitan á las poblaciones árabes á la guerra santa y al ódio contra los cristianos. Cada uno de ellos pasa por haber recibido de Allah, en recompensa de su vida virtuosa, el don de hacer ciertos milagros: así es cómo los unos tienen la especialidad de hacer madres á las mujeres estériles; los otros de preservar, con ayuda de ciertos amuletos, que venden á buen precio, de sortilejos, ó de las balas enemigas, etc., etc.

El alto grado á que ha llegado este poder teocrático, se explica fácilmente por la ausencia de todo culto exterior en las tribus árabes, consecuencia forzosa de su vida pastoril y de sus costumbres nómadas, y por la profunda ignorancia de estos pueblos, aun en materia de religion.

Casi todos los árabes saben leer y escribir, porque existen *tolbas* (letrados) en todas las principales tribus. Bajo este punto de vista, forzoso es reconocer que marchan á la cabeza de las naciones más civilizadas de Europa. Pero, en cambio, se limita únicamente á esto su educacion científica. Pasó la época en que la sociedad árabe era un feco vivificante de donde partian todas las luces; y dos obstáculos se oponen á su renacimiento intelectual. El uno está en la indolente soberbia que caracteriza á este pueblo y le hace mirar con una soberana piedad los esfuerzos que hace el europeo para saberlo y profundizarlo todo; el otro en su imaginacion viva que le arrastra á buscar para todos los fenómenos exteriores y visibles explicaciones maravillosas, cuya ciega admision le dispensa de estudiar las leyes de la naturaleza, y cuyo lado poético sonríe á su imaginacion mucho más que las serias demostraciones de la ciencia. Así es que para explicar la existencia de unos manantiales termales situados cerca de Mascara y conocidos con el nombre de Hamman-ben-Emesia, refieren

con la mejor buena fé del mundo la leyenda siguiente :

—«El gran rey Salomon,—dicen,—se habia construido, durante su vida, baños en toda la superficie de la tierra, cuya guarda y sostenimiento estaba confiada á unos diábolos sordos, mudos y ciegos. Pues bien, despues de dos mil años estos diablos bañeros continúan calentando pacientemente los baños del gran rey, porque, á causa de su triste enfermedad, ninguno ha podido hacerles comprender que Salomon ha muerto, y es muy probable que continuarán calentándole los baños del mismo modo hasta el fin de los siglos.»

Se vé que los árabes del siglo XIX son todavia los dignos hijos de aquellos poetas narradores cuya rica imaginacion creó las *Mil y una noches*. Una de sus pasiones dominantes es la de las narraciones; no conocen un placer mas vivo que el de reunirse por la noche en sus campamentos y escuchar ó contar sucesivamente historias, agrupados en círculo y fumando sus *sibsis*, hasta que viene el sueño á poner término á este Decameron salvaje.

Los asuntos de sus narraciones son, por lo general, las aventuras de dos amantes, las hazañas heroicas de tal ó cual guerrero, los maleficios y perfidias de algun hechicero, etc., etc.

No son menos accesibles á los encantos de la música, aunque la suya ofrece poco encanto á los oidos civilizados; pero los árabes la prefieren á la nuestra que no les causa la menor impresion y á la cual acusan de carecer de colorido. Sus cantos son, sin embargo, de una gran monotonía.

El asunto de la poesia que los acompaña es ordinariamente el amor, los males que causa y los placeres embriagadores que produce en compensacion.

Tambien cantan en himnos populares los grandes hechos de los guerreros de su nacion contra los turcos, en otro tiempo sus señores y sus enemigos, y contra los cristianos.

En cuanto á su música instrumental, no puede darse una cosa mas salvaje: compónese del *rebbeb*, violin de dos cuerdas, del cual se sirven como de un bajo; del *gaspah*, flauta de caña de dos ó tres agujeros, segun la fuerza y el capricho del virtuoso, pero cuya estension jamás excede de una octava; del *tarr*, especie de tamboril; y de diferen-

tes tarros de barro cocido cubiertos de pergamino y lleno de guijarros, que mezclan su ruido al producido por la restante orquesta.

Concibese que el efecto armónico causado por el concierto de semejantes instrumentos sea de un encanto muy mediano; sin embargo, los árabes le saborean y le aprecian como diletantes entusiastas.

Pero su diversion favorita y nacional es, como ya hemos dicho, la *fantasia*. Yo la he visto de todas clases, en bodas, entierros, regresos de cacerías ó de combates. En todos los árabes son hábiles tiradores; sin embargo, es un juego bastante peligroso, porque muchas veces se olvidan de quitar las balas á sus fusiles. Nada les entusiasma tanto como estos juegos, imágenes seductoras de combates verdaderos, y en donde se despliega todo su talento ecuestre.

El tipo de la raza árabe es bello y majestuoso. El cuerpo es esbelto, robusto y bien proporcionado; el rostro es oval, poco lleno y de mucho relieve; la frente alta é imponente, los ojos negros, la nariz fieramente encorvada, la boca pequeña y desdeñosa. Una barba oscura y poblada termina en punta afilada esta cabeza llena de nobleza, cuya espresion habitual es una gravedad altanera é impasible que no pueden alterar ni los peligros ni los reveses.

Esta severa y digna fisonomía es el reflejo fiel del carácter nacional, que, al sentimiento profundo y elevado de la dignidad personal, reúne una resignacion sin límites á la voluntad de Dios, considerada como el único y fatal móvil de los acontecimientos humanos.

Ninguna emoción, ninguna súplica muda se revelan en las miradas del árabe vencido y echado por tierra. La vista de la espada enemiga que vá á cortar su cabeza no le hace cambiar de semblante; conoce que ha llegado su hora, y muere sin pedir gracia ni proferir una queja.

Hay en la naturaleza moral como en la constitucion física de este pueblo, algo de fuerte y de compacto que participa de las cualidades del bronce; y el temple de alma responde al del cuerpo, del cual se ha afirmado que la estructura huesosa tenía doble peso específico que la de los europeos.

La mujer árabe sería bella, si la acción del sol y los

rabajos penosos á que está sujeta no endureciesen su complexion y curtiesen su tez. Sus facciones puras se tienen con un reflejo cobrizo, y las proporciones armoniosas de su cuerpo se alteran bajo la influencia de esos dos enemigos mortales de la belleza femenina.

Semejante género de vida rara vez la permite adquirir ese grado de gordura simpática que tanto estiman los orientales y que el mismo árabe está muy lejos de despreciar.

Su traje es, con poca diferencia, el de la Rebeca en el cuadro de Eliezer, de Horacio Vernet.

Las mujeres árabes se cortan los cabellos, á escepcion de algunos mechones que dejan caer á lo largo de las sienes. Como las moriscas, se tienen las uñas, las palmas de las manos, las plantas de los piés, y se sobrecargan de dijes de oro ó de cobre, segun el estado de su fortuna. Van con el rostro descubierto á sus faenas diarias, y apenas le ocultan á los viajeros que van á sus aduares.

El carácter árabe, del cual hemos indicado algunos rasgos en las páginas anteriores, ofrece un contraste singular de energia y de astucia. Esos hombres de hierro saben doblegarse maravillosamente cuando su interés lo ordena, y la rudeza de las costumbres se concilia perfectamente en ellos con una sagacidad y un espíritu de intriga que no se sospecharia á primera vista bajo tan áspera y ruda corteza.

■ Iniciados desde muy jóvenes en el arte de la palabra, por la costumbre de las deliberaciones á que dá lugar en el interior de las tribus la discusion de los intereses públicos, saben poner al servicio de sus proyectos ambiciosos la elocuencia más persuasiva y la adulacion más sutil.

Hay un proverbio árabe que es muy característico.—
«Si aquel á quien tú necesitas,— dicen los sábios,—vá montado en un asno, grita: ¡Qué hermosa caballo llevais monseñor!»

VI.

ÁRABES MOZABITAS.—BAÑOS DE VAPOR.—AMINS.

Habitantes del Belad-el-Djerid, ó pais de los dátiles, los *Mozabitas* ó *Beni-Mzab*, emigran en gran número á las villas de Berberia y particularmente á Argel, á donde vienen á buscar fortuna. En este pais puede decirse que tienen el monopolio de los baños y de las carnicerías moras, de los molinos y el de otras muchas profesiones, como las de pasteleros, fruteros, carboneros, fabricantes de esteras y conductores de asnos. La mayor parte, son hombres de costumbres dulces y de una severa probidad, bien diferentes en esto de los árabes, con los cuales no tienen, acaso, de comun más que el idioma y el traje.

Los mozabitas son propietarios ó directores de todos los baños moros de la Argelia; y esta es la ocasion de ofrecer á nuestros lectores una pintura de estos establecimientos, que no son por cierto una de las cosas menos curiosas del pais que nos hemos propuesto dar á conocer.

Estos baños están dispuestos en cuevas practicadas *ad hoc*. El bañista es introducido al patio interior, que ocupa el centro del edificio, el que tiene alrededor una columnata bajo la cual hay estendidas, sobre un entarimado, esteras de paja de arroz.

Aquí es donde cada cual se desnuda, depositando sobre el trozo de estera que ha elegido, sus vestidos, el dinero y las alhajas que lleva, á no ser que prefiera entre-

gárselos al propietario de los baños, que los deposita en una caja abierta.

Esta confianza, que podrá parecer estremada, no tiene nada de temeraria, porque no hay ejemplo de que se haya cometido un solo robo en el interior de estos establecimientos.

Después de esta operación preliminar, se aproxima á vos un jóven mozabita, os ciñe alrededor de las caderas una pieza de lienzo azul, os ata á la cabeza una servilleta y os calza unas chinelas de madera; en seguida os conduce por una galería suavemente templada á una gran pieza subterránea, donde reina constantemente una temperatura de treinta ó cuarenta grados, mantenida por un vapor de agua tan denso, que el bañista piensa ahogarse al penetrar en esta ardiente y nebulosa atmósfera.

Las baldosas que cubren el suelo de esta cueva están tan pulimentadas por la humedad constante que las impregna, que son necesarios los mayores esfuerzos de equilibrio para llegar sin resbalarse hasta una gran mesa redonda de piedra ó de mármol que ocupa el centro del baño. Allí, cada cual se sienta ó se echa, según le place, y pasa algunos minutos jadeando como un pez recién sacado del agua; pero al cabo de este tiempo, empieza la transpiración, el pecho se dilata y los pulmones funcionan con toda libertad. Entonces se pasa á otra cueva contigua, en donde después de haberos mandado echar, el bañero moza bita procede á la operación de la *fricción*, la cual consiste en dar frotés en todos sentidos á los miembros y el cuerpo del paciente, en hacerle crujir con un ruido formidable todas las articulaciones de los brazos, de las piernas, de las manos y hasta las de la columna vertebral.

Durante esta estraña tárea, el mozabita entona una canción verdaderamente sepulcral, cuya triste monotonía recuerda los cantos lugubres de nuestro oficio de difuntos.

La sensación que experimenta el bañista durante la frotación, es difícil de definir; es una postración próxima al aniquilamiento producido por la influencia enervadora del vapor, pero á la cual se mezcla un sentimiento de bien estar efectivo, una especie de beatitud inefable, debida quizás á la presencia del fluido magnético que desarrolla á veces del frotador.

Después de una media hora de este ejercicio, durante el cual el mozabita os vuelve tan pronto boca arriba como boca abajo (porque él mismo no tiene casi fuerzas para moverse), el frotador y uno de sus camaradas, armandose de un guante de pelo de camello, os frotan de pies a cabeza por espacio de cinco ó seis minutos.

Esta nueva fricción, tiene por objeto aligerar el cuerpo de toda la traspiración adherida á él; lo mismo que las sacudidas dadas á las articulaciones, tienen por objeto dar más elasticidad y libertad á los miembros.

Los dos mozabitas os someten después á una completa jabonadura, terminando la ceremonia con una ablución de agua tibia.

El bañista se levanta entonces, y es conducido por los dos mozabitas á otra habitación donde es enjugado con el cuidado más minucioso, cubierto de lienzos templados y revestido con un ancho traje de beduino, se le acuesta sobre un colchon.

Durante esta siesta voluptuosa, que el bañero prolonga todo lo que juzga conveniente, uno de los mozabitas le trae una pipa de excelente tabaco y una taza de café negro y espeso, que lo recibe con mucho gusto.

Al retirarse uno de estos baños, se siente más ligero que antes de entrar en ellos; los miembros más ágiles, y el juego de las articulaciones más libre y más fácil. Al mismo tiempo, se experimenta una dulce languidez que de ningún modo paraliza la acción de las propiedades vitales; y todo este bienestar, todo este acrecentamiento de vida y de salud, os le da el mozabita, incluso la pipa y el café, por la módica retribución de un franco y cincuenta céntimos.

El baño de las mujeres está servido por negras, y no varía en nada la operación de que acabamos de dar cuenta.

Estos baños, están siempre abiertos á cualquiera hora del día ó de la noche.

Todos estos pueblos de emigrantes están constituidos, como los de los berberiscos y los de los negros, en corporaciones sometidas á sindicos (*Amins*). Estos magistrados forman la policía interior de sus corporaciones. Están autorizados para imponer multas, prisión y penas corporales,

con arreglo á la legislación musulmana; pero tienen la obligacion de poner á disposicion de la autoridad francesa; cuando son requeridos, cierto número de hombres par ejecutar los trabajos de interés público. Por último, deben entregar á cada miembro de la corporacion, una placa y un cuaderno semejantes á los que reciben en Paris, de la prefectura de policia, los comisionistas y los cocheros de carruajes de alquiler.

Merced á estas sábias disposiciones, ningun desorden, ningun abuso revela la existencia de estos gremios, y el número de incorporados aumenta sin cesar, mientras que se observa una progresion descendente entre los moros sin ocupacion, á quienes no liga entre sí ningun lazo disciplinario.



P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

VII.

**COSTUMBRES DEL SAHARA.—SALTEADORES DE CARAVANAS.—
KHREBIR.—TOUARENG.—COMERCIO DE LAS CARAVANAS.—SOCIE-
DAD SAHARIANA.—PROFESIONES PRIVILEGIADAS.**

Considérase como sumerjidos en las más densas tinieblas de la barbarie á los pueblos que habitan el Sahara. Nada es tan falso como esta creencia. Los saharianos son, por el contrario, los pueblos más adelantados, los menos fanáticos, los más civilizados del Africa septentrional. En ellos se conserva el tipo primitivo del árabe con toda su varonil dignidad. Los nómadas, por el solo hecho de sus emigraciones continuas, adquieren un grado de civilización desconocido de los demás árabes.

Bajo el nombre consagrado por el uso de Biskris, un gran número de ellos se fijan en las villas del litoral, donde ejercen profesiones industriales. Al cabo de algun tiempo, vuelven á su país con un peculio que basta á sus modestas necesidades, una cultura de ideas y unas luces, de que no puede participar en manera alguna el grosero pastor ó el cultivador de las tribus septentrionales.

Una fracción del pueblo sahariano, no es nómada: esta es la que habita y explota los oasis. Esta fracción goza de grande superioridad sobre los pueblos agrícolas del Tell porque no anda ambulante de un lado al otro, segun las eventualidades ó segun el capricho; está arraigada al suelo

y a esta fiijeza debe sus ventajas sociales y una perfectibilidad incontestable.

Para demostrar las vejaciones que las kabilas de la montaña hacian sufrir á los nómadas al ir y al volver de sus emigraciones anuales, bastará decir que cuando los saharianos, aislados ó en pequeñas caravanas, se ponian en camino para el Tell, les era preciso, para atravesar las cordilleras de montañas que les separan de él, buscar guias; los cuales casi siempre se espresaban de la siguiente manera:

—«Hay tres caminos que conducen al punto donde queris ir.

»Guardaos bien de tomar á la derecha: alli están las *kabilas que roban*.

»A la izquierdá, las *kabilas que matan*.

»Y en el centro, las *kabilas que purgan*.»

Esta última especialidad, merece una esplicacion. Procuraremos darla sin indecencia, diciendo que los viajeros tienen muchas veces la costumbre de tragarse su dinero y que las kabilas, astutas y desconfiadas, les hacen tomar una purga para apoderarse de él.

En la actualidad, merced á las medidas adoptadas por los franceses, hay casi una completa seguridad.

El nombre de *Sahara*, despierta generalmente la idea de soledades inmensas, arénosas, estériles; pero es una preocupacion, y á muchos centenares de leguas del litoral, el desierto no es Eesierto más que á intervalos; muchas veces hasta se halla muy poblado.

Dividése en tres partes: en los puntos donde está habitado, recibe el nombre de *Fiafi*; donde no está habitado, pero que sin embargo, es habitable, el de *Kifar*, que significa abandonado; y el inhabitado é inhabitable, el de *Falat*.

Lámase *Khrebir* el conductor de la caravana; él es el que manda y dirige, en el océano de las arenas, esta flota viviente. Es un hombre de una bravura, de una inteligencia y de una sagacidad maravillosas. Sabe orientarse por las estrellas; conoce, por la esperiencia de los viajes anteriores, los caminos, los pozos, los sitios donde hay pastos, los peligros de ciertos pasos, los medios de evitarlos, todos los jefes cuyo territorio es forzoso atravesar, la higiene

las enfermedades, las fracturas, la mordedura de las serpientes y la picadura de los escorpiones.

En estas vastas soledades, donde nada parece indicar la ruta, el Khrebir tiene mil cosas que le sirven de señales: por la noche, cuando no brilla en el cielo ninguna estrella; á la simple inspección de un puñado de yerba ó de tierra, que huele ó que gusta, adivina dónde está sin estraviarse jamás.

Cada cual se arma, hace su aprovisionamento, carga cuatro camellos y empréndese la marcha un *jueves*, por que está dicho:

—«Nunca partáis más que un jueves, y siempre en compañía.»

El vigilante Khrebir se multiplica en el camino, recomendando sobre todo la prudencia, «porque el que pone la cabeza en el salvado, será picoteado por las gallinas.»

Cuando se está en un país sospechoso y al alcance de los merodeadores, el Khrebir prescribe el silencio, prohíbe fumar, encender fuego y salir; ordena atar las bocas de los camellos: durante la noche, se levanta y se asegura de hora en hora de que los guardianes del campamento no están dormidos; despues, dirijiéndose á los malhechores que puedan tener intentos de atacarle, les grita con voz sonora que resuena á lo lejos en las soledades del Desierto:

—«¡Oh! ¡esclavos de Dios! ¿Me oís? El gira alrededor de nosotros, gira alrededor de su muerte.»

»¡No ganará nada á este oficio, y jamás volverá a ver á los suyos!

»¡Si tiene hambre, que venga, nosotros le daremos de comer!

»¡Si tiene sed, que venga, nosotros le daremos de beber!

»¡Si está desnudo, que venga, nosotros le vestiremos!»

»¡Si está fatigado, que venga á descansar!»

»Nosotros viajamos á causa de nuestros negocios y no queremos mal á nadie!»

En cuanto á los consejos higiénicos, recomienda, ante todo, saber sufrir la sed; «porque los bebedores no van lejos, y son semejantes á las ranas; á poco de salidas de agua, mueren.»

Cuando se viaja por el gran Desierto, es preciso contar

con los temibles Touareug, cuyas costumbres pueden pintarse con un solo rasgo:

Kreddache, que era su jefe antes de Ould-Biska, el príncipe actual, fué muerto en un combate por Ben-Mansour, de la tribu de los Chambas. Dejaba una mujer, noble y hermosa, la cual prometió su mano á aquel de los Touareug que la trajese la cabeza de Mansour. Ould-Biska, en una expedición terrible que dirigió contra los Chambas, mató al asesino de Kreddache...

—Ould-Biska,—le dijo la viuda—tuya soy como lo he prometido; pero toma tu puñal, concluye de abrir el cuerpo del maldito, arráncale el corazón y arrojásele á nuestros lebreles.

Lo cual fué ejecutado como ella ordenó.

Los perros de los Touareug comieron el corazón del efe de los Chambas.

Estos feroces *padres del sable*, montados sobre el maravilloso dromedario (*mehari*), recorren en un solo día enormes distancias, y caen como el tigre sobre las caravanas que han presentido desde lejos y cuya pista siguen, acechando el momento oportuno para el ataque.

Lo que van á buscar las caravanas al Soudan, al través de tantos peligros, es el polvo del oro, pieles de búfalo, marfil y esclavos; todas mercancías ópimas, porque «la pobreza,—según el árabe,—tiene por remedio el Soudan.»

El caballo (*barbe*), el primer caballo del mundo, ágil dócil, infatigable, dispuesto á la carrera, ardiente en el combate, tan sóbrio que sería preciso casi tomar al pié de la letra esta imágen «*bebedor de aire*» al cual poetizan los saharianos, es como el eje de esta sociedad del Desierto, feudal, caballeresca, galante, cortés, belicosa, en la cual revive, no por los apolillados pergaminos de los bibliófilos sino jóven, radiante, llena de vida, de sávia y de pasión, todo nuestro siglo XII; sociedad que tiene sus torneos de amor, sus ermitas, sus santos, sus menstrales, sus siervos; que caza con perro y con halcón, y que divide su vida entre este noble pasatiempo, la pasión á las mujeres y á los caballos, á los combates y á las aventuras.

Entre los árabes del Sahara no existe ningún gobierno propiamente llamado, sino un conjunto de tradiciones y creencias á que cada uno obedece, y que son suficientes

para mantener entre ellos una sociedad en armonía con sus necesidades de todo género, superior á la de sus vecinos del Tell, y que casi no há variado nada en el espacio de algunos siglos.

Lo que no deja de ser sorprendente, es que esta ausencia de gobierno de que *disfrutan* los árabes del Sahara se concilia perfectamente con una democrácia tan intensa como posible. Los jefes de este país necesitan una habilidad, una prudencia y una política maravillosas para dirigir un pueblo cuyo último pastor quiere conocer los negocios de su país.

Pasemos de estos pastores exigentes á otro rasgo característico de esta singular sociedad sahariana, cuya constitucional feudal no escluye la idea republicana y reposa sobre la anarquía. Hénos aquí ya en pleno furierismo, y vamos á ver como el servicio prestado, por trivial que sea, siempre que sea útil, constituye el primero de los títulos á las distinciones y al aprecio general. Encontraremos ciertas profesiones, puramente materiales, elevadas al estado de función social y aun de sacerdocio, es decir, retribuidas por el comun y con derecho á privilegios y á inmunidades considerables.

De este número encontramos en primer término el muy útil é indispensable, pero subalterno, oficio de maestro de herrador.

El herrador no paga contribuciones; cuando la tribu vá al Tell á comprar grano se echa una derrama para él. No está obligado á dar á nadie ni alimento ni hospedaje. Tiene derecho á un beneficio que se llama *aadet el maallen*. Al volver del Tell de las compras de granos, cada tienda le dá una *seutra* de trigo y de cebada y otra de manteca. En la primavera, recibe además un vellon de lana de oveja. Si se mata un camello para la carnicería, él se lleva la parte comprendida entre la cruz y la cola (escepto la joroba que es el trozo más codiciado). En las *ghazias* ó expediciones tome ó no parte en ellas, tiene derecho á una parte del botín. Finalmente (y este solo privilegio dice por si solo, más que todo lo anterior), tiene el don de la vida en los combates. Con las armas en la mano, á caballo, puede ser muerto como los demás; pero si echa pié á tierra, y arrodíllándose; imita, con los dos extremos de su alboraoz, que

sube y baja alternativamente; el movimiento de un fuelle de fragua, será respetado.

En cambio de estos derechos soberbios que no solamente le enriquecen sino que hacen de él una persona sagrada, el herrador está obligado á herrar gratuitamente todos los caballos, con la condición de que el jinete lleva el herraje; en el caso contrario, es decir, si el herrador le pone, cobrará dos boudjoux por las cuatro herraduras, pero nada por su trabajo.

El veterinario goza de las mismas exenciones y de las mismas ventajas, bajo los mismos cargos.

Finalmente, el zapatero no está sujeto á ningún impuesto.

Estas tres profesiones son casi los únicos artes y oficios del Sahara, y todas tres son verdaderas *funciones públicas* en la buena y justa acepción de la palabra.

El veterinario, sobre todo, vive con una abnegación y un desinterés maravillosos. El que posee el arte de curar los caballos debe poner al servicio de todos sus correligionarios el don que ha recibido. Investido de una *función sagrada*, estará siempre á disposición del que necesite su ciencia. Si le ocurriese poner un precio á los cuidados que presta, se le tendría por un usurero. Su primer deber es el desinterés más absoluto. Muchas veces se va á su casa para consultarle; y en este caso, es preciso que ejerza la hospitalidad.

Por lo general, este hombre afamado por su habilidad en curar los caballos, llega á verse arruinado por los continuos gastos que le impone su ciencia.

Recordamos en este momento á cierto personaje que, en la grande efervescencia de febrero, lanzó esta noble pero tres veces utópica proposición: «El hombre superior por el talento ó por el genio, no tiene más derechos que sus semejantes; únicamente tiene mas deberes.»

Hé aquí, sin embargo, realizada esta utopía en el Sahara.

VIII.

UNA EJECUCION Á MUERTE EN CONSTANTINA.

— Dos días después de mi llegada á Constantina, el capitán G..., nuevo comandante de plaza, llamado á Batna, que había venido conmigo de Francia en *Le Sphinx*, me dijo:

— Parte mañana y lo siento, porque jamás he visto ejecuciones árabes, y cabalmente acaba de anunciarme el general que pasado mañana lunes tendrá lugar una doble de capitación.

— ¿Sobre el cadalso?

— No, por medio de la espada.

Hay en todo hombre, sin que se dé cuenta de ello, una secreta inclinación á lo horrible. Yo estaba en el mismo caso que el capitán G...; jamás había visto una ejecución por medio del yatagan, cosa vulgar para los antiguos habitantes de Constantina, y no pude resistir á la tentación de ver esta.

Los dos desgraciados á quienes se iba á ejecutar eran dos jóvenes árabes, llamados, el uno Mabrouk, el otro Abdallah-ben-Aid, culpables de asesinato en la persona de uno de sus correligionarios, hijo de un oficial de spahis de la guarnición de Setif.